

mi a la protagonista de esa novelucha, ni tan buena como para que me coloquen en los altares. Yo soy la que soy, y nada más.

Efectivamente, ella era la que era, o, mejor dicho, la que fue: el símbolo de una ingenua picardía, que hizo época con danzas, canciones y comedietas musicales como «La rumba de los coquitos» o «La Guachindanguita», por citar algunos de los títulos de las obras que estrenó. Nadie como ella supo poner tanta candidez picaresca en cancioncillas como a las que pertenecen estos renglones:

«Alabalabá, Conchita;
alabalabá, la cubanita.»

Consuelo Portela murió en su casa madrileña de la Plaza del Carmen, encima del cine *Muñoz Seca*, a los setenta y tres años de edad, a las cuatro y media de la tarde del 20 de Noviembre de 1959, a los cuarenta años justos de haberla visto yo actuar por vez primera; pero «La Chelito» había dejado de existir mucho antes. No era ya ella cuando por última vez se presentó al público en 1951, sesentona, vestida honestísimamente y cantando inocentes canciones. «La Chelito» había muerto a finales del primer tercio de nuestro siglo, la noche en que, por última vez, su belleza sin decadencias, deslumbró en un escenario, arrullada por el ritmo y envuelta en los reflejos de rumba y brillantes.

IDEARIO EXTREMEÑO

Muchos siglos ha que se ha advertido que los entendimientos comunes imposibilitados de percibir y penetrar los primores delicadísimos de las obras originales, cuando se ponen a imitar, imitan lo que está llano a la comprensión de los indoctos y rudos, es decir, los defectos, porque en testimonio de la humana fragilidad, no hay obra de hombre, por bella y admirable que sea, en que no se tropiecen algunos, que perdonan los sabios y remedan los que no lo son.

JUAN PABLO PORNER

VILLANCICO AL ROJO

La Virgen hilvana,
cepilla José,
y Jesús reposa
dormido a sus pies.

El niño se agita
cual tallo de mies
que el viento sacude
con rudo vaivén.

La Virgen detiene
su manso quehacer:

—¿Hijo, qué te pasa?—

—Madre, no lo sé.

¡He tenido un sueño...!

—¿Qué soñabas, rey?—

—¡Hay! Que andando el tiempo
te abandonaré.—

—¡Hijo de mi vida!

¡Eso no ha de ser!

No pienses en sueños,
y a dormirte, pues.

La Virgen hilvana,
cepilla José,
y Jesús dormita
tendido a sus pies.

El niño, intranquilo
despierta otra vez,
blanca y sudorosa
la divina tez.

Su labor María
vuelve a suspender:

—¿Hijo, qué te pasa?—

—Madre, no lo sé.—

¡He tenido un sueño...!